

SESIÓN PÚBLICA DE HOMENAJE AL
EXCMO. SR. D.
EDUARDO YBARRA HIDALGO

EDUARDO YBARRA HIDALGO, UN GRAN SEÑOR

POR ENRIQUETA VILA VILAR

*Directora de la Real Academia
Sevillana de Buenas Letras*

Sr. Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de
Caballería

Sres. Caballeros Maestranteros

Sres. Académicos

Sras. y Sres.

Siempre hizo honor a su apellido. Rezumaba por todos sus poros la hidalguía que conservó hasta el final. Aún en los años que vivió fuera del mundo. Un mundo de paz y bondad que reflejó a lo largo de toda su fecunda vida activa y que siguió irradiando en sus momentos de postración. Era un hombre elegante en sus maneras, en sus ademanes, en su porte, en su comportamiento. Con esa elegancia tan sevillanamente profunda que tan poco se prodiga y que mantuvo hasta su muerte. Las veces que tuve ocasión de verlo en su casa de la calle San Vicente me impresionaba la dignidad de su figura, sentado en un sillón, ausente, pero conservando ese halo de paz y bondad que siempre lo acompañó. Abogado de prestigio, brillante escritor y católico ejemplar, llevó su natural modestia a todos los altos cargos que ejerció: letrado del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, letrado asesor de la Naviera Ybarra y Cia., secretario letrado del Consejo de

Administración de Hijos de Ybarra, S. A., presidente de Cáritas Diocesana, Hermano Mayor de la cofradía del Silencio, Hermano Mayor de la Santa Caridad y Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, entre otros.

El amor que sentía por Sevilla, por la literatura y por su familia, ha quedado ampliamente reflejado en sus obras. Los seis volúmenes titulados *Sevillanías (1994–2002)*, escritos en una bella y fluida prosa, son una muestra del conocimiento que poseía sobre las cosas menudas de su ciudad y el interés que sentía por la investigación. Heredero de la magnífica biblioteca familiar que él engrandeció y cuidó con esmero, disfrutaba poniéndola al servicio de todo aquel que quisiera sumergirse en ella. Decenas de estudiosos locales y foráneos han pasado por ella.

Su labor en la Real Academia, a la que su familia ha legado un magnífico retrato, será siempre un ejemplo a seguir por todos nosotros, lo mismo que lo será para toda persona de bien que haya tenido la suerte de haberlo tratado. Por todo ello, los hombres como él no desaparecen con la muerte. Quedan para siempre en los anales de una ciudad que no acaba de reconocer a sus mejores hijos y, probablemente por ello, va perdiendo su propia identidad.